—Hablas como un grande hombre, Matías,—dijo el rey de Tunia;—además no perderemos tiempo. No hay que temer resistencia en la iglesia; los canónigos son unas liebres y nosotros somos muchos. Con medio palmo de lengua fuera se quedarán mañana los esbirros del parlamento cuando vayan á echarla el guante! Tripas del papa! no quiero que ahorquen á mi perlita!

Salió en esto Clopin de la taberna.

Durante este tiempo, gritaba Juan con ronca voz:—Yo como, bebo, estoy borracho, soy Júpiter! Eh! Pedro el Apaleador, si vuelves á mirarme así, te aplasto las narices á capones.

Gringoire por su parte, arrancado á sus meditaciones, habíase puesto á examinar la tumultuosa y atronadora escena que le rodeaba, murmurando entre dientes: *Luxsuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas.* Ah! y qué bien hago en no beber, y con cuanta razón dice San Benito: *Vinum apostatare facit etiam sapientes.*

Volvió en aquel momento Clopin, y gritó con voz de trueno:—Las doce!

Al oir esta palabra, que hizo el mismo efecto que el toque de llamada en un regimiento que está descansando, todos los hampones, hombres, mujeres y niños, se precipitaron en tropel fuera de la taberna con gran estruendo de armas y de herraje.

La luna estaba cubierta de nubes.

Estaba la corte de los milagros enteramente obscura, pero no en manera alguna desierta: en ella se divisaban multitud de hombres y de mujeres que departían entre sí en voz baja. Oíase su murmullo, y veíanse relucir todo linaje de armas en las tinieblas. Subióse Clopin sobre un alto poyo.—A vuestras filas, Germania! A vuestras filas, el Egipto! A vuestras filas, Galilea!—Hízose un gran movimiento en la sombra; la inmensa multitud pareció formarse en columna. Al cabo de algunos minutos alzó de nuevo la voz el rey de Tunia:

—Ahora, silencio para atravesar á París! el santo será *Llamita por bandera*! No se encenderán las hachas hasta que lleguemos á Nuestra Señora! Marchen!

Diez minutos después huían despavoridos los soldados de la ronda delante de una larga procesión de hombres negros y silenciosos que bajaba hacia el Pont-au Change, atravesando las tortuosas calles que cruzan en todas direcciones la maciza mole de los mercados.

IV

Un amigo torpe

Aquella misma noche, Quasimodo velaba. Acababa de hacer su última ronda en la iglesia, y no advirtió que, mientras estaba cerrando las puertas, pasó el arcediano junto á él, y mostró cierto enojo al verle echar cerrojos y candados en la enorme puerta de hierro, cuyas dos gruesas hojas tenían la solidez de una muralla. Parecía don Claudio aun más meditabundo de lo acostumbrado: verdad es que desde la aventura nocturna de la celda, continuamente maltrataba á Quasimodo; pero en vano le escarnecía y aun le pegaba algunas veces; nada podía alterar la sumisión, la paciencia, la resignación filial del fiel campanero: de parte del arcediano todo lo sufría, injurias, amenazas, golpes, sin un murmullo, sin una queja. Todo lo mas que hacía era seguirle á veces inquieto con los ojos cuando subía don Claudio la escalera de la torre; pero el arcediano se había abstenido por sí mismo de volver á presentarse á los ojos de la gitana.

Aquella noche, pues, después de haber echado una ojeada á sus pobres campanas tan abandonadas, la Jacobilla, María, Thibaude, subió Quasimodo á la cima de la torre septentrional, y allí, dejando sobre los plo-

mos su linterna sorda bien cerrada, púsose á mirar á París. Ya hemos dicho que la noche era muy obscura; París, que, por decirlo así, no estaba alumbrado en aquella época, presentaba á la vista un confuso montón de masas negras, cortado aquí y allá por la curva blanquecina del Sena. No vió luz Quasimodo en todo él mas que en una ventana de un edificio lejano, cuyo vago y sombrío perfil se dibujaba muy encima de los techos, hacia la puerta de San Antonio. Allí también velaba alguno.

A medida que dejaba flotar en aquel horizonte de bruma y de noche su mirada única, sentía el campanero dentro de sí una indecible inquietud. Muchos días hacía ya que estaba sobre la defensiva, porque continuamente veía rondar en derredor de la iglesia hombres de mala traza que no apartaban los ojos del asilo de la gitana. Pensó que tal vez urdían alguna trama contra la infeliz refugiada; figurábase que el odio popular la perseguía á ella lo mismo que á él, y que era muy posible que sucediese pronto alguna grande aventura; por eso permanecía en acecho en su campanario, *cavilando en su caviladero*, como dice Rabelais, ya mirando la celda, ya á París, haciendo fiel centinela como un buen perro, y lleno el ánimo de desconfianza.

De repente, mientras escrutaba la gran ciudad con aquel ojo que la naturaleza por una especie de compensación, había hecho tan penetrante que casi podía suplir los otros órganos que faltaban á Quasimodo, parecióle que la silueta del muelle de la Vielle-Pelleteire, tenía algo de singular, que había cierto movimiento en aquel punto, que la línea del pretil destacada en sombra sobre la blancura del agua, no parecía recta é inmoble como las de los otros muelles, sino que ondulaba á la vista como las olas de un río ó como las cabezas de una multitud con marcha.

Parecióle aquello muy extraño, y redobló su atención: el movimiento parecía venir hasta la Cité; pero no venía con él ninguna luz. Duró algún tiempo en el muelle; fuese luego deslizando poco á poco, como si lo que pasaba entrara en el interior de la isla; luego cesó de todo punto, y la línea del muelle volvió á quedar recta é inmoble.

Mientras se fatigaba Quasimodo en mil conjeturas, parecióle que volvía á ver el mismo movimiento en la calle del Atrio que se prolonga en la ciudad perpendicularmente á la fachada de Nuestra Señora. En fin, por más densa que fuese la obscuridad, pudo ver Quasimodo desembocar por aquella calle el frente de una columna, y derramarse en un momento por toda la plaza una muchedumbre, de la cual nada podía distinguirse en las tinieblas, sino que era una muchedumbre.

Aquel espectáculo inspiraba cierto terror. Es probable que aquella singular procesión, que tan empeñada parecía en ocultarse bajo una profunda obscuridad, guardaba por su parte un silencio no menos profundo; sin embargo, debía exhalarse de ella algún rumor, aun cuando no fuera más que el ruido de los pies al andar. Pero aquel ruido no llegaba hasta nuestro sordo, y aquella gran muchedumbre, de la cual apenas veía algo y de que nada oía, aunque se agitaba y andaba tan cerca de él, parecíale una procesión de muertos, muda, impalpable, perdida entre humo. Creía ver adelantarse hacia él una niebla llena de hombres, moverse una multitud de sombras en la sombra.

Empezaron entonces á despertarse todos sus temores, y la idea de una tentativa contra la gitana se presentó á su imaginación: conoció confusamente que se acercaba á una situación violenta. En aquel crítico momento discurrió allá entre sí con un raciocinio mejor y más rápido de lo que hubiera sido de esperar en una cabeza tan mal organizada. Debía despertar á la

Esmeralda? hacerla escaparse? Pero por dónde? Las calles estaban ocupadas, la iglesia contigua al río. No había lancha! no había salida! Sólo quedaba un partido: hacerse matar en los umbrales de nuestra Señora, resistiendo á lo menos hasta que llegase algún socorro en caso de que llegara, y no turbar el sueño de la gitana. Siempre se despertaría á tiempo la desdichada para morir. Una vez tomada esta resolución, púsose á examinar al *enemigo* con más serenidad.

Parecía aumentar á cada instante en el atrio la muchedumbre; pero sospechó que no debía meter mucha bulla, pues las ventanas de la plaza quedaron cerradas. Brilló de pronto una luz, y en el momento circularon sobre las cabezas siete ú ocho hachas encendidas, sacudiendo en la sombra su cabellera de llamas. Vió entonces Quasimado claramente moverse en el atrio un horrible rebaño de hombres y de mujeres desarrapados, armados de mazas, de picas, de segures y partesanas, cuyas mil puntas relucían: por una y otra parte negras orquillas parecían cuernos sobre aquellos inmundos semblantes. Acordóse entonces confusamente de aquel populacho, y creyó conocer todas las cabezas que le habían pocos meses antes saludado papa de los locos. Un hombre que llevaba una tea en una mano y un látigo en la otra, subióse sobre un poyo inmediato, y pareció que arengaba á su gente. Hizo al mismo tiempo aquel extraño ejército algunas evoluciones, como si se fuera acampando alrededor de la iglesia. Recogió entonces Quasimodo su linterna y bajó á la plataforma que se hace entre las dos torres para ver más de cerca y discurrir en los medios de defensa.

Clopin Trouillefou, luego que llegó enfrente la alta portada de Nuestra Señora, formó efectivamente su ejército en batalla. Aunque no contaba con la menor resistencia, quería como prudente general conservar

un orden que le permitiese hacer frente, en caso de necesidad, á un ataque súbito de la ronda. Formó pues su gente de tal modo, que vista desde alto y desde lejos, parecía el triángulo romano de la batalla de Ecnoma, la cabeza de puerco de Alejandro ó la famosa cuña de Gustavo Adolfo. Apoyábase la base de aquel triángulo en el fondo de la plaza, de modo que atajaba la calle del Atrio; una de las alas miraba hacia el Hospital, y la otra á la calle de Saint Pierre-aux-Bœufs. Clopin Troillefou se colocó en el vérti ce, con el duque de Egipto, nuestro amigo Juan y los más temerarios gitanos.

Eran frecuentes en las ciudades de la edad media empresas como la que iban á llevar á cabo los hampones contra Nuestra Señora; entonces no existía lo que actualmente llamamos *policía*. En las ciudades populosas, en las capitales sobre todo, no existía poder central, único, regulador; el feudalismo había organizado aquellos grandes partidos de un modo singular. Una ciudad era un conjunto de mil señoríos que la dividían en compartimientos de todas formas y tamaños, de donde se originaban mil policías contradictorias, por lo que realmente no existía ninguna. En París, por ejemplo, independientemente de los ciento cuarenta y un señores aspirantes á censual, había veinticinco que aspiraban á justicia y censual, desde el obispo de París que tenía ciento y cinco calles, hasta el prior de Nuestra Señora de los Campos que tenía cuatro. Todos estos señores feudales no conocían más que de nombre la autoridad soberana del rey. Todos gozaban en sus estados derechos de vida y muerte. Luis XI, aquel infatigable albañil que tan briosamente comenzó la demolición del edificio feudal, continuada por Richelieu y Luis XIV y acabada por Mirabeau en beneficio del pueblo; Luis XI había hecho todo lo posible para romper aquella red de señoríos que cubría á

todo París, metiendo á viva fuerza por medio de ella dos ó tres disposiciones de policía general. Así, en 1465, orden á los habitantes de que apenas llegara la noche, de iluminar con velas sus ventanas, y encerrar sus perros, so pena de la horca; en el mismo año, orden de cerrar de noche las calles con cadenas de hierro, y prohibición de llevar dagas ú otras armas ofensivas de noche por las calles, pero al cabo de poco tiempo todos estos ensayos de legislación general cayeron en desuso. Los vecinos dejaron al viento que apagara sus velas y á sus perros que vagaran cuanto les diera la gana; las cadenas de hierro no se pusieron más que en estado de sitio; la prohibición de usar dagas no produjo otro resultado que la mudanza del nombre de la *calle Caupe Guele* en la calle *Coupe-Gorge*, lo que es un progreso evidente. El añejo edificio de las jurisdicciones feudales quedó en pie, inmenso hacinamiento de alcaidías y de señoríos, cruzándose sobre la ciudad, molestándose, enredándose, enganchándose unos en otros; inútil enrejado de rondas, de subrondas y de contra-rondas por medio del cual pasaban á mano armada el latrocinio, la rapiña y la sedición. No eran, pues, en tal desorden, acontecimientos inauditos aquellos golpes de mano de una parte del populacho, sobre un alcázar, sobre un palacio, sobre una casa, aun en los barrios más populosos. En la mayor parte de estos lances, no tomaban parte los vecinos en el negocio, sino cuando llegaba el pillaje hasta sus casas. Tapábanse los oídos al tiroteo, cerraban sus ventanas, barreaban sus puertas y dejaban á los contendientes avenirse como pudieran, con ó sin la ronda, y al día siguiente se decía en París: — Anoche fué saqueado Esteban Barbette; — el mariscal de Clermont ha sido cogido, etc., etc.—Así que, no sólo los alcázares reales, el Louvre, el Palacio, la Bastilla, las Tournelles, más también los palacios meramente señoriales, el Pequeño Borbón, el palacio de Sens, el de Angulema, etc., tenían sus almenas en las murallas y sus ladroneras encima de las puertas. A las iglesias las defendía su santidad; algunas, sin embargo, aunque no era de estas Nuestra Señora, estaban fortificadas. El abad de San Germán de los Prados estaba almenado como un barón, y había en su abadía más cobre empleado en bombardas que en campanas. Veíase aún su fortaleza en 1610; de la que en el día apenas queda su iglesia.

Pero volvamos á Nuestra Señora.

Terminadas las primeras disposiciones (y debemos decir en honor de la disciplina hampona que las órdenes de Clopin Trouillefou fueron ejecutadas en silencio y con admirable exactitud) subió el digno jefe de la tropa sobre el parapeto del atrio y alzó su voz ronca y severa, vuelta la cara hacia la catedral y agitando su tea, cuya luz, batida por el viento y velada á cada instante por su propio humo, hacía aparecer y desaparecer á la vista la rojiza fachada de la iglesia.

—A tí, Luis de Beaumons, obispo de París, consejero en el tribunal del parlamento, yo, Clopin Trouillefou, rey de Tunia, gran-coésre, príncipe de la Germanía, obispo de los locos, digo:—Nuestra hermana, falsamente acusada de magia, se ha refugiado en tu iglesia; débesla, pues, asilo y salvaguardia. Sabemos que quiere apoderarse de ella el tribunal del parlamento y que tú lo consientes, tanto que mañana la ahorcarían en la Gréve, si no lo remediaran Dios y los hampones. Venimos, pues, á tí, obispo; si tu iglesia es sagrada, éslo nuestra hermana también; si nuestra hermana no es sagrada, tampoco tu iglesia lo es. Por tanto, te intimamos que nos devuelvas la doncella si quieres salvar tu iglesia, ó recuperaremos nosotros la doncella y saquearemos la iglesia, en lo que haremos bien. En

fe de lo cual planto aquí mi bandera, y Dios sea en tu ayuda, obispo de París!

Quasimodo, por desgracia, no pudo oir estas palabras pronunciadas con una especie de áspera y sombría majestad. Presentó un hampón su bandera á Clopin, quien la clavó solemnemente entre dos piedras del suelo; era la tal bandera una horquilla de que pendía sangriento un cuarto de carroña.

Hecho esto, volvióse el rey de Tunia y tendió la vista sobre su ejército, feroz muchedumbre en que brillaban los ojos tanto como las picas. Después de una pausa de un instante:—Adelante, hijos mios!... gritó. Manos á la obra.

Treinta hombres robustos, cuadrados de espaldas, con caras de cerrajeros, salieron de las filas con martillos, tenazas y barras de hierro sobre los hombros. Dirigiéronse hacia la puerta principal de la iglesia, subieron las gradas y pronto se los vió á todos agachados bajo la ojiva, trabajando en la puerta con tenazas y palancas: un sinnúmero de hampones los siguió para ayudarlos ó mirarlos. Los once escalones de la portada estaban atestados de gente.

La puerta sin embargo resistía.—Diablo! dura es y testaruda! decía uno.—Es vieja y tiene las ternillas endurecidas, añadía otro.—Animo, compañeros! gritaba Clopin: apuesto mi cabeza contra una chinela á que abriréis la puerta, sacaréis la muchacha y limpiaréis el altar mayor antes que se haya despertado un solo bedel.—Firme! creo que ya cruje la cerradura.

Interrumpió en esto á Clopin un estrépito espantoso, que retumbó en aquel momento detrás de él. Volvió la cabeza: una enorme viga acababa de caer del cielo, aplastando á una docena de hampones sobre la escalinata de la iglesia, y botaba sobre las piedras resonando como un cañonazo y rompiendo multitud de piernas en la caterva de los sitiadores, que retrocedieron lanzando agudos gritos de terror; en un santiamén quedó vacío el estrecho recinto del atrio. Los primeros, aunque protegidos por los profundos arcos de la portada, abandonaron el puesto, y el mismo Clopin se replegó á una distancia respetuosa de la iglesia.

—De buena me he escapado!—exclamó Juan.—Tan cerca me pasó el madero que me hizo aire como un abanico, cabeza de buey! pero Pedro Machuca quedó machacado.

Imposible sería decir el asombro lleno de espanto que cayó con la viga sobre los bandidos. Quedaron por algunos momentos fijos los ojos en el aire, más consternados á vista del madero que con la presencia de veinte mil arqueros del rey.—Satanás! refunfuñó el duque de Egipto, esto me huele á magia!—La luna nos envía este regalo, dijo Andrés el Rojo.—Como que dicen, repuso Francisco Chanteprune, que la luna es amiga de la Virgen!—Mil papas! exclamó Clopin, todos sois unos majaderos!—Pero no sabía cómo explicarse la caída del madero.

Nada se distinguía, sin embargo, sobre la fachada á cuya cima no llegaba la claridad de las antorchas. El macizo madero yacía en medio del atrio, y oíanse los gemidos de los miserables que recibieron su primer choque y á quienes dividió por mitad del vientre en el ángulo de los escalones de piedra.

Pasado el primer asombro, halló el rey de Tunia por fin una explicación que pareció plausible á todos sus compañeros.—Vive Dios! si se estarán defendiendo los canónigos? Saqueo y á ellos!

—Saqueo!—repitió la caterva con furiosa aclamación, y una descarga de flechas y de ballestas cayó sobre la fachada de la iglesia.

A la detonación, despertáronse los pacíficos habitantes de las casas circunvecinas: viéronse abrir mu-

chas ventanas. y en ellas aparecieron gran número de gorros de dormir y de manos que sostenían bujías.—Disparad á las ventanas! gritó Clopin.—Cerráronse todas al punto, y los pobres curiosos que apenas habían tenido tiempo para echar una mirada de terror sobre aquella escena de luces y de tumulto, volviéronse á trasudar de miedo junto á sus mujeres, preguntándose si se celebraba el *sábado* en el atrio de Nuestra Señora, ó si había asalto de borgoñones como en 64. Entonces los maridos pensaron en el robo, las mujeres en la violación y todos temblaron.

—A saco!—repetían los hampones; pero no se atrevían á acercarse: miraban la iglesia, miraban el madero. Este no se movía, el edificio conservaba su apariencia desierta y serena; pero un secreto terror helaba á los hampones.

—Adelante! adelante! — gritó Trouillefou; — echar abajo la puerta!

Nadie dió un paso.

—Barba y barriga!—dijo Clopin;—haya hombres que tienen miedo de una viga!

Un viejo hampón le dirigió la palabra.

—Capitán! no es la viga lo malo! sino la puerta que está cosida de barras de hierro. De maldita la cosa sirven las tenazas.

—Pues qué necesitáis para echarla abajo?—preguntó Clopin.

—Ah! necesitaríamos un ariete.

Dirigióse intrépido el rey de Tunia al formidable madero, y puso un pie sobre él.—Aquí hay uno, exclamó; los canónigos os le envían.—Y haciendo á la iglesia un saludo irónico:—Mil gracias, canónigos.

Esta baladronada produjo su efecto, disipando el prestigio del madero. Animáronse los hampones, y pronto la enorme viga, levantada en alto como una pluma por doscientos brazos vigorosos, fué á arremeter

con furia la ancha puerta en que en vano habían forcejeado hasta entonces. Visto así, en la media luz que las escasas teas de los hampones derramaban sobre la plaza, aquel largo madero sostenido por aquella muchedumbre de hombres que le precipitaban corriendo sobre la iglesia, parecía un monstruoso animal de mil pies, atacando con la cabeza baja á la giganta de piedra.

Al choque de la viga, retumbó la puerta semimetálica como un inmenso tambor; no se partió, pero se estremeció la catedral toda entera, y se oyeron resonar las profundas cavidades del edificio. En el mismo instante empezó á caer desde lo alto de la fachada una lluvia de grandes piedras sobre los sitiadores.—Diablo! exclamó Juan, si nos estarán sacudiendo las torres sus balaustradas sobre la cabeza?—Pero el impulso estaba dado, y el rey de Tunia daba el ejemplo. No había duda; el obispo se defendía, y con eso aumentó la rabia, á pesar de las piedras que hacían estallar los cráneos á derecha é izquierda.

Es de observar que todas aquellas piedras caían una á una; pero se seguían de cerca; los hampones recibían siempre dos á la par: una en las piernas y otra en la cabeza. Rara era la que erraba golpe y ya un ancho montón de muertos y de heridos gemía y palpitaba bajo los pies de los sitiadores que, cada vez más furibundos, se renovaban sin cesar. La larga viga continuaba batiendo la puerta á intervalos regulares, como el badajo de una campana, y las piedras llovían, y la puerta rechinaba.

El lector no necesita adivinar que aquella inesperada, resistencia, que tanto exasperaba á las hampones, venía de Quasimodo.

La casualidad, por desgracia, había favorecido al valiente sordo.

Luego que hubo bajado á la plataforma que se hace